

**LA TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA EN ESPAÑA: ¿INGENIERÍA
POLÍTICA DESDE LA ÉLITE O MOVILIZACIÓN SOCIAL DESDE LA BASE?
UNA INTERPRETACIÓN TRANSDICIPLINAR***

Alfonso Pinilla García
Universidad de Extremadura

El proyecto conjunto que desde el año 2006 desarrollamos las Universidades de Cádiz, Almería, Granada, Murcia, Castilla la Mancha y Extremadura parte de una pregunta fundamental: ¿fue la transición española un proceso de transformación política dirigido y gestionado exclusivamente por una élite al margen de los intereses y la participación de la ciudadanía; o sin embargo los movimientos sociales que tuvieron lugar en España desde los últimos años sesenta influyeron de manera importante en los cambios políticos que después tuvieron lugar?

Es verdad que los historiadores dedicados al estudio de la transición política han puesto el acento hasta ahora en el análisis de las luchas y los pactos dados entre las élites. Quizá porque la transición supone una mutación progresiva de la dictadura en democracia, en cuyo desarrollo intervinieron los sectores políticos más moderados del agonizante régimen y la oposición; quizá porque el pacto al que todos llegaron sirvió para levantar un nuevo sistema que no terminaba de satisfacer – de manera absoluta – las pretensiones de todos los partidos que participaron en ese pacto; quizá porque aún existen numerosas asignaturas pendientes de aquella época que no se han resuelto; o quizá porque la transición –ahora más que nunca– está siendo objeto de debate una vez que la democracia parece haberse consolidado, lo cierto es que muchos defienden que se ha prestado demasiada atención a la cúspide de la pirámide y poca a la base. De tanto estudiar las élites y todo lo que en torno a ellas ocurría, hemos descuidado los historiadores el análisis de la base social, de la movilización que tiene lugar en la España de los años sesenta y setenta. ¿Fue esa movilización el combustible básico de la transición, o las élites aprovecharon dicha “ebullición” social para pactar por arriba sin

* El presente trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto de investigación “Conflictividad social y nuevas formas de organización política en la Extremadura de la Transición” (HUM 2006-14138-C06-02).

mirar hacia abajo, utilizando la movilización como coartada justificadora del pacto que salvaguardaba sus principales intereses políticos sin satisfacerlos plenamente?

El proyecto en el que la Universidad de Extremadura participa centra su atención en la base, pues se pregunta hasta qué punto, con qué intensidad y de qué manera la movilización social pudo influir en las decisiones políticas que se tomaron. Complejo objeto de estudio, sin duda, pero interesantísimo, puesto que se trata de ofrecer un nuevo punto de vista sobre la transición donde se interrelacionan las actuaciones de la clase política y de la ciudadanía que la soporta. Ya existen trabajos que aportan interesantes reflexiones a esta cuestión¹, y a buen seguro uno de los frutos de este proyecto de investigación será la ampliación de ese corpus bibliográfico. En este sentido, el artículo que aquí presentamos es una reflexión más, una interpretación más, una opinión argumentada más que intenta ofrecer respuesta, abierta siempre al debate, a las preguntas arriba planteadas. Por supuesto, lo contenido en este artículo no puede tomarse como afirmación categórica, sino como hipótesis abierta al debate que deberá someterse a un riguroso proceso de comprobación y verificación apoyado en pruebas documentales. Los resultados que finalmente se obtengan del ámbito extremeño, valorados en conjunto con los emitidos por el resto de compañeros que estudian en sus respectivas comunidades autónomas las cuestiones arriba apuntadas, permitirán ajustar mejor –confirmando o derribando– las diversas interpretaciones teóricas que hasta ahora se hayan formulado.

Lo aquí escrito puede incluirse entre esas interpretaciones. Nuestra aportación presenta una peculiaridad, y es que se apoya en una de las preocupaciones epistemológicas que definen al Seminario de Historia del Tiempo Presente de la Universidad de Extremadura: la transdisciplinariedad. Dado que nuestros objetos de estudio son complejos, y abordables por tanto desde diversas e interrelacionadas perspectivas, creemos desde Extremadura que una Historia del Tiempo Presente ha de tener sólidos cimientos teóricos y metodológicos. Pero estos cimientos no siempre se

¹ Como por ejemplo los de Manuel ORTIZ HERAS, José Antonio CASTELLANOS LÓPEZ y Óscar José MARTÍN GARCÍA, “Historia Social y Política para una transición: el cambio desde abajo y la construcción de una nueva autonomía: Castilla la Mancha”, *Historia Actual On-Line*, núm. 14, 2007, págs. 115-126; o las propuestas teóricas de Francisco COBO, *Moldes teóricos y paradigmas historiográficos para el estudio de los "nuevos movimientos sociales"*, ORTEGA LÓPEZ, Teresa M^a (coord.), *El debate historiográfico en los últimos tiempos*, 2007, págs. 75-109; “Hacia una reinterpretación de la transición política a la democracia: una propuesta teórico-metodológica para el análisis del Tardofranquismo y la transición política a la democracia en Andalucía”, *Actes del Congrés la transició de la dictadura franquista a la democràcia*, Barcelona, 20-22 de octubre de 2005, págs. 136-146.

construirán a partir de los ofrecidos por la propia disciplina histórica, sino que, en aras de la innovación y la exploración de nuevos caminos, podrían inspirarse en la relación con otras disciplinas aparentemente alejadas de nuestros objetos de estudio pero cercanas en la interpretación compleja de los mismos.

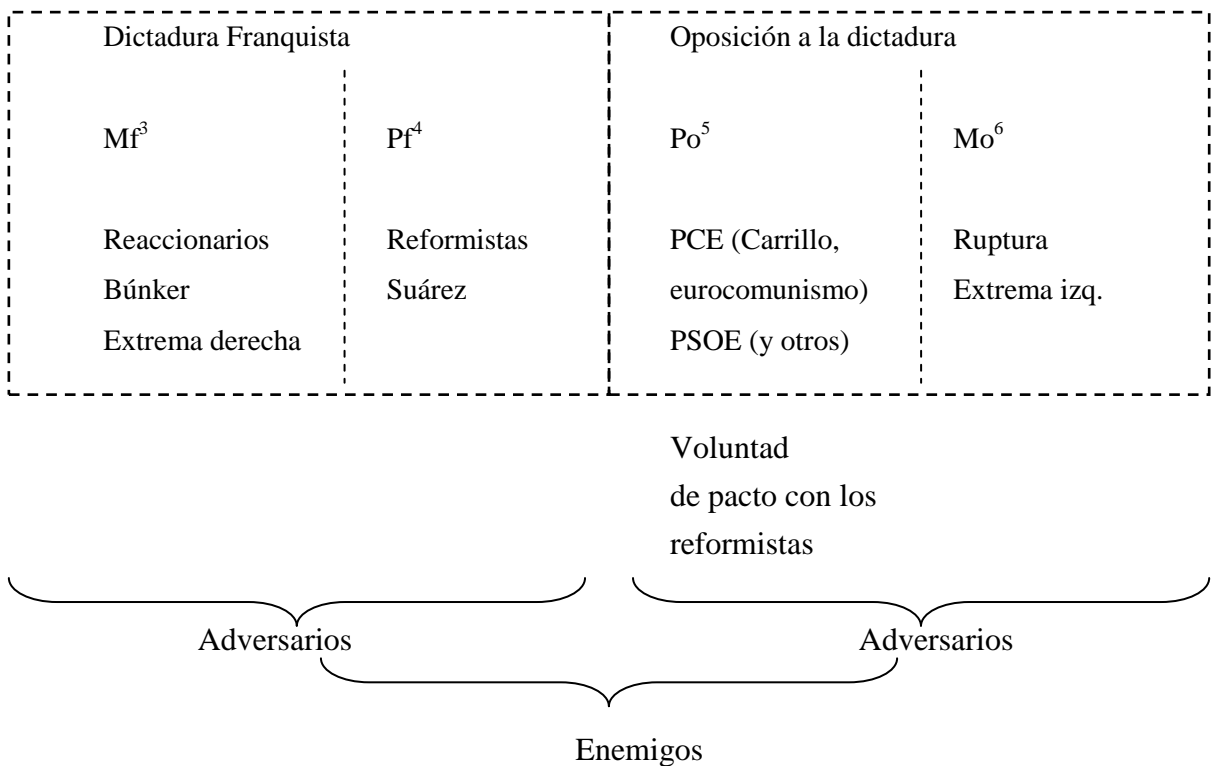
Transdisciplinariedad no es simple suma de conocimientos procedentes de diferentes saberes que, puntualmente, aparecen juntos en un trabajo de investigación. Si esos saberes se yuxtaponen pero permanecen como departamentos estancos, cerrados en sí mismos, el trasvase de conocimientos será tan pobre como la innovación teórica o metodológica resultante. Pero si los saberes se abren, si las teorías desarrolladas en una disciplina sirven para inspirar principios de otra, si trascendemos la peculiaridad de nuestros específicos objetos de estudio poniendo el acento en los conceptos susceptibles de ser compartidos podremos ofrecer nuevas vías de investigación e interpretación que surgen, precisamente, de abrir nuestras disciplinas al resto de saberes que forman el conocimiento científico.

La reflexión aquí propuesta bebe de la Teoría General de Sistemas² y algunas de las aplicaciones que ésta teoría ha generado sobre disciplinas aparentemente alejadas de nuestras preocupaciones científicas, como por ejemplo la Biología. A veces la exploración de otros territorios abre paisajes desconocidos que podrían enriquecer, tratados con la suficiente prudencia epistemológica, nuestro quehacer historiográfico. Vaya por delante, pues, que este artículo es un ensayo teórico basado en reflexiones transdisciplinares siempre abiertas al debate y, por supuesto, pendientes de validación a partir de las necesarias pruebas documentales. Queremos con este esfuerzo conceptual explicar desde nuevas perspectivas un proceso tan complejo como la transición. Durante esa explicación ofreceremos nuestra particular respuesta a la pregunta arriba formulada: ¿es la transición un proceso de ingeniería política o la lógica consecuencia de una movilización social creciente e imparable durante la agonía de la dictadura? Quizá ambas variables formen dos caras distintas, pero complementarias e inseparables, de la misma moneda.

² La Teoría General de Sistemas fue iniciada por el biólogo Ludwnig von Bertalanffy (*Teoría General de los Sistemas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, edición de 1993). Las obras de Pedro Voltes Bou (*La Teoría General de Sistemas*, Barcelona, Editorial Hispano Europea, 1978) y de Antonio Rodríguez de las Heras (*Historia y crisis*, Valencia, Ed. Fernando Torres, 1976) han desarrollado y aplicado algunos de sus principios al ámbito de las ciencias sociales.

Dinámica de la transición

Toda organización humana presenta en su seno dos posturas diferenciadas: la del maximalista, aferrado a la naturaleza originaria, al hito inaugural, de esa organización; y la del posibilista, que situado en la frontera borrosa, en los aledaños o periferia de dicha organización aboga por ir más allá, alejándose progresivamente del hito fundacional y acercándose al entorno de la organización, a todo aquello que hasta ahora ha permanecido fuera. El maximalista se aferra al centro, el posibilista va hacia la periferia. Ambos son adversarios, comparten el mismo terreno de juego y acabarán compitiendo por el control de la organización. Expresemos en un simple esquema la existencia de maximalistas y posibilistas en dos organizaciones que nos interesan mucho para explicar la transición: una de esas organizaciones será la dictadura franquista y la otra corresponde a la oposición. En el siguiente esquema están señaladas posturas políticas, e incluso, nombres de personajes o partidos que encajan en las categorías definidas arriba como “maximalista” o “posibilista”. Así mismo, especificamos el tipo de relación posible (adversarios o enemigos) que puede darse entre posibilistas y maximalistas de uno y otro lado:



³ Mf: Maximalistas del franquismo.

⁴ Pf: Posibilistas del franquismo.

⁵ Po: Posibilistas de la oposición.

⁶ Mo: Maximalistas de la oposición.

Los posibilistas son “hijos” de los maximalistas, surgen de ellos como consecuencia del natural desgaste, de los lógicos antagonismos que emergen durante la existencia de la organización. Existir es gestionar conflictos, evolucionar supone enfrentar antagonismos, pues la materia prima de la historia – y de las organizaciones (políticas, sociales, económicas, ideológicas) que en ella compiten e interaccionan – es el conflicto. Sin conflicto no hay historia, sin desajustes no podrán darse los reajustes que mantienen la existencia, la supervivencia. El posibilismo es consecuencia del natural desgaste del maximalismo, es una respuesta que la organización da para sobrevivir, una alternativa.

Porque la supervivencia es el objetivo básico de cualquier organización y de los grupos –maximalistas y posibilistas– que la constituyen. En ocasiones, como ocurre durante la transición, los posibilistas de la dictadura (los sectores reformistas) se aliarán con los posibilistas de la oposición (PCE, PSOE) para forjar un nuevo sistema en el que ambos tendrán garantizada su supervivencia política. Se da aquí un pacto entre enemigos para desactivar a los respectivos adversarios.

El búnker franquista y los reformistas de Suárez son adversarios políticos porque ambos comparten el mismo terreno de juego: la dictadura. Los primeros son los maximalistas del sistema y los segundos sus posibilistas, nacidos al calor del desarrollismo, jóvenes que se forjaron en las instituciones franquistas y que a principios de los setenta están cada vez más convencidos de que no será posible un franquismo sin Franco⁷. La supervivencia, piensan, pasa por la transformación de la dictadura en una democracia homologable a las principales potencias occidentales.

En la oposición al franquismo, cuyos principales efectivos están fuera de España, también ha ido dándose progresivamente una migración de posturas maximalistas a posibilistas. El PCE de Carrillo, con la formulación de la “reconciliación nacional” y el “eurocomunismo”, es una buena prueba de ello. Conscientes de que no podrán borrarse de un plumazo cuarenta años de franquismo, la oposición es, a mediados de los años setenta, esencialmente posibilista. Va alejándose de las posturas radicales, y a veces violentas, de aquellos que proponen la absoluta ruptura con el franquismo. Y a la vez que se produce este alejamiento respecto a la izquierda radical, los posibilistas de la

⁷ La obra de Enrique Moradiellos (*La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad*, Madrid, Síntesis, 2000) constituye un excelente repaso por la historia de la dictadura franquista, desde su formación hasta su descomposición. Muchas afirmaciones aquí expuestas beben de ese texto. Por otra parte, el libro de Victoria Prego (*Así se hizo la Transición*, Barcelona, Plaza & Janés, 1995) también ofrece un buen recorrido por las principales causas y posturas ideológico-políticas de los principales actores de la transición.

oposición van acercándose a esos posibilistas de la dictadura que, encabezados por Suárez y su gobierno de PNN's, pretenden forjar una democracia liberal con participación de todos aquellos que estén dispuestos a aceptar la reforma – que no ruptura ni conservación absoluta – del régimen anterior.

Ninguna de estas opciones tiene fuerza para imponerse unilateralmente.

Los maximalistas de la dictadura (el llamado “búnker”) han sido relegados tras la muerte de Franco a un segundo plano, subordinados a un gobierno de reformistas apoyado por el monarca y dirigido por el joven Suárez, al que estos reaccionarios consideran fuente de todos los males. Aunque aún tienen peso y prestigio en una dictadura que poco a poco parece mutar hacia la democracia, su papel es ya secundario y su fuerza no es, por supuesto, la que gozaban en los años iniciales y centrales del régimen.

Por su parte, los posibilistas de la dictadura –Suárez, el Rey y todo el sector reformista que les rodea– se ven lastrados por el búnker, que no tiene tanta fuerza pero, como decimos, conserva aún gran peso y prestigio dentro del sistema. La mirada amenazante del búnker, combinada con el creciente ruido de sables, inhibe a unos reformistas que no pueden imponer unilateralmente su discurso porque, a pesar de controlar ya el gobierno y otras instituciones del régimen, ven su labor entorpecida por el peso de un pasado que, actualizado por los reaccionarios del búnker, se resiste a desaparecer.

Quienes controlan los tiempos políticos, quienes llevan las riendas de la negociación con la oposición al régimen son, principalmente, los reformistas. El PCE de Carrillo ya se ha dado cuenta de que la ruptura no es posible, habida cuenta de las exiguas fuerzas que posee la oposición para imponerla⁸. Pero en el régimen se han abierto grietas, hay resquicios por donde la oposición puede colarse para participar, mañana, de las instituciones que hasta ahora permanecen cerradas a cal y canto. Esas grietas están representadas por el reformismo, el posibilismo de la dictadura, al que poco a poco irá acercándose la oposición para pactar la emergencia de un nuevo sistema que, sin romper absolutamente con el franquismo, lo supere albergando en su seno a todos aquéllos que durante cuarenta años vivieron en el exilio.

⁸ Así lo afirman el propio Carrillo, y también Felipe González, en la citada obra de Victoria PREGO, *Así se hizo la Transición*, ob. cit., págs. 89 y 90.

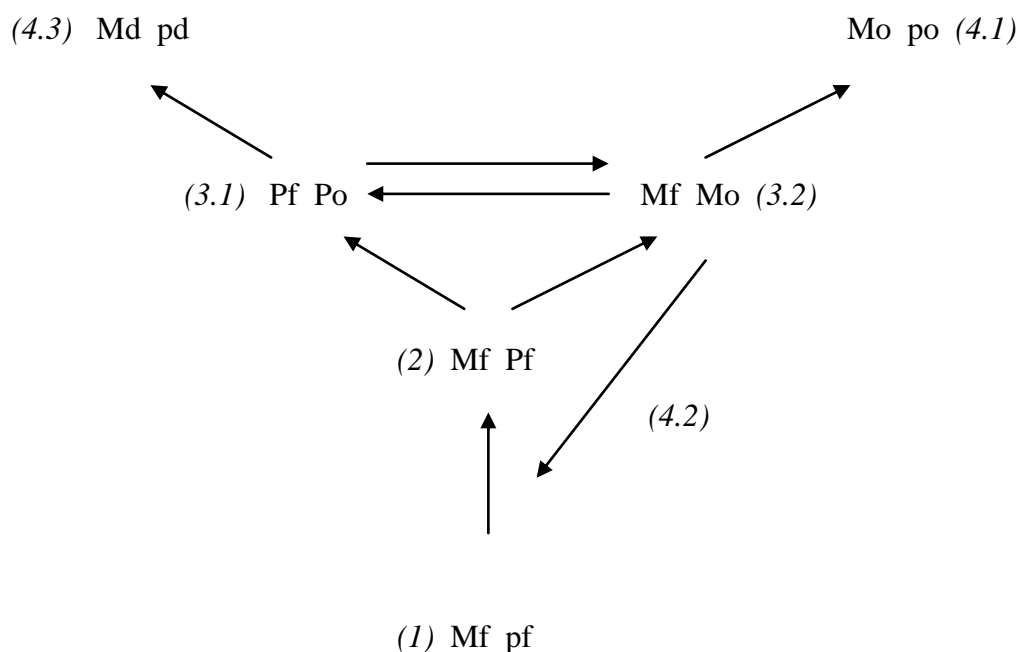
Así, buena parte de la oposición se hace posibilista, apostando tanto su supervivencia como la salida de ese exilio a una carta: el pacto con los posibilistas de la dictadura, con los reformistas, porque sólo un pacto entre posibilistas podrá superar a los maximalistas de la dictadura y a los maximalistas de la oposición que quieren imponer sus radicales preferencias (conservación absoluta del franquismo según el búnker o total ruptura del mismo, según la izquierda más extrema).

La falta de fuerza para imponer unilateralmente posturas fraguó el pacto entre los posibilistas de la dictadura y los posibilistas de la oposición. Ambos grupos eran enemigos, pues pertenecían a organizaciones distintas, a terrenos de juego radicalmente diferentes (los primeros a la dictadura franquista, los segundos a la oposición democrática), pero por situarse en la frontera borrosa⁹ de ambos sistemas acabaron acercándose para sobrevivir, pues eran conscientes de que el salvoconducto hacia el futuro pasaba por un pacto en el presente. Con el fin de permanecer mañana se dieron la mano ahora, desactivando de paso con ese pacto la fuerza que aún conservaban sus respectivos maximalismos.

El consenso, por tanto, fue una herramienta de supervivencia política que los posibilismos usaron, dada su respectiva impotencia y debilidad, para imponerse por sí solos.

Habida cuenta de estas relaciones complejas entre posibilismos y maximalismos, desarrolladas al calor de la supervivencia política que las inspira, hemos definido una serie de etapas por las que, creemos, pasan las organizaciones humanas durante su existencia. Esas etapas aparecen en el siguiente gráfico, que será aplicado a la transición:

⁹ La frontera de todo sistema complejo es borrosa y se escribe en términos de gradación. En el conjunto de “hombres calvos”, habrá unos individuos más calvos que otros, por lo que la frontera de este conjunto no puede ser nítida, sino que presentará distintos grados de pertenencia al conjunto considerado. La frontera de las organizaciones complejas es, por tanto, borrosa, y en ella tienen lugar movimientos cercanos al entorno, contactos con aquello que está fuera de la organización fruto de los cuales pueden darse saltos cualitativos, mutaciones, en el propio sistema. Unas activas fronteras aseguran la transformación del sistema durante su continua relación de dominio / adaptación al entorno (Ludwing von BERTALANFFY, *Perspectivas en la Teoría General de Sistemas*, Madrid, Alianza Editorial, 1979, pág. 50).



El contenido de estas etapas podría resumirse así:

1. **Amplificación** o consolidación del sistema. En este caso, la organización estudiada será la dictadura franquista, que en sus años dorados está dominada por los maximalistas del búnker (reaccionarios que siguen a pie juntillas el espíritu del 18 de julio) sin contestación interna por parte de un posibilismo que aún no emerge con fuerza (Mf pf).
2. **Desajuste** de la dictadura, con la emergencia de posibilismos que matizarán sus esencias (Mf Pf).
3. **Regulación** de los desajustes internos que sufre la dictadura. Esta regulación puede gestionarse de dos maneras:
 - 3.1. **Pacto** entre los posibilistas del franquismo y la oposición (Pf Po).
 - 3.2. **Lucha** entre los maximalistas del franquismo y la oposición (Mf Mo).
4. **Mutación** del sistema, como consecuencia de las distintas vías que ha elegido para regular el desajuste. Surgirán tres tipos de mutaciones:

- 4.1. **Agresiva:** cambio sin continuidad, ruptura del pasado franquista (Mo po¹⁰).
- 4.2. **Regresiva:** continuidad sin cambio, vuelta al pasado franquista (Mf pf).
- 4.3. **Progresiva:** cambio y continuidad, superación del pasado sin que éste desaparezca por completo (Md pd¹¹).

Como se dijo al principio, la caracterización de estas etapas se inspira en desarrollos conceptuales propios de la Teoría General de Sistema, así como en esquemas explicativos procedentes de otras ciencias como la biología o la cibernética. Con la necesaria prudencia en la exposición de estas cuestiones, creemos que la transición pasa por las fases anteriores, aplicables, como se ha dicho, a cualquier otra organización humana enfrentada a la dura e incierta tarea de sobrevivir. Pero vamos a detenernos en cada fase sin perder de vista la dinámica que las relaciona, y que queda expuesta en el gráfico anterior. El análisis de cada fase permitirá abordar de otra manera la transición y puede arrojar luz sobre el significado de los movimientos sociales y su papel en el cambio político.

Amplificación

Toda organización, si nace con éxito, poco a poco irá consolidándose y hasta puede llegar a amplificar su dominio sobre el entorno. Estamos ante la etapa de estabilidad, ante los años dorados de una civilización, de un imperio, de un sistema político, en definitiva, de una organización humana que ha emergido y queda consolidada. En el gráfico, esta etapa corresponde al estado “(I) Mf pf¹²”.

Tras su victoria en la Guerra Civil, la dictadura franquista se consolida en España gracias a los sucesivos pactos a los que llega con Estados Unidos y el Vaticano. Éste último le daba cobertura simbólica, ideológica, además de reconocimiento

¹⁰ Nace un sistema definido por las posturas maximalistas de la izquierda radical, absolutamente rupturista con la dictadura.

¹¹ Ni el maximalismo franquista ni el maximalismo de la oposición triunfan aquí. El nuevo sistema surge del pacto o síntesis entre los posibilistas de uno y otro lado. En el caso español, el pacto entre el posibilismo franquista y el posibilismo de la oposición genera la democracia española de 1978, un nuevo sistema que es síntesis de los anteriores y está definido por “Md pd” (donde la “d” corresponde a “democracia” y sirve para diferenciar este estado de los otros dos sistemas: la dictadura franquista – “Mf pf” – y la oposición a esa dictadura, “Mo po”).

¹² En este estado, el maximalismo franquista (Mf) está fuerte, domina la organización porque la estabilidad de la dictadura impide la emergencia de contradicciones internas traducidas en posturas posibilistas. La debilidad del posibilismo dentro de la dictadura queda simbolizada aquí con una “p” minúscula.

internacional. Por su parte, la potencia norteamericana inyectaría a España una crucial ayuda económica para abandonar los duros años de la posguerra a cambio de que Franco, convertido en “adalid contra el comunismo” durante el inicio de la Guerra Fría, cediera a los norteamericanos la instalación de bases militares en suelo español. Gracias a estos apoyos, y a la estrategia de “tierra quemada” aplicada en el interior, eliminando desafectos a través de una dura represión que se prolongaría más allá de la Guerra Civil, Franco lograba consolidarse en el poder mientras mejoraba lenta, pero firmemente, la maltrecha economía española. A lo largo de los 50, la España de la autarquía empezaba a quedar atrás gracias, entre otros factores, a los poderosos valedores internacionales del franquismo.

Sin embargo, si la consolidación de Franco en el poder vendría en los años 50, serían los sesenta ese puente hacia el futuro que al dictador le permitió morir en la cama pese a las intensas contradicciones de su régimen. Porque con el Plan de Estabilización ideado por los jóvenes tecnócratas del Opus Dei, el franquismo tendrá una década más de vida y atravesará por la etapa más dorada de su existencia, propiciando un desarrollo económico innegable al calor del cual empezó a emerger una considerable clase media que sería protagonista en la futura transición.

Eran los años dorados del desarrollismo, la amplificación evidente de esos “25 años de paz” que los carteles con la cara del dictador reproducían en las paredes de las principales ciudades de España. El turismo, la industrialización, la progresiva distribución de la riqueza y la emergencia de una clase media cada vez más potente a partir de la cual surgía ya una incipiente sociedad de consumo de masas fueron los signos definitorios de esta España. Una época donde Franco, “homo luddens” según Preston¹³, dormitaba a la sombra del Pardo sin perder de vista la gestión – eficaz y subordinada siempre a la autoridad del caudillo – de los jóvenes tecnócratas que ahora llevaban el timón del régimen.

Desajuste

Pero toda amplificación provoca desajustes. La ruptura de una cuerda elástica está más cerca cuanto más se amplifica su cualidad básica: la elasticidad. Y así, cuanto más tiremos de los extremos, más cerca estará la cuerda de partirse en dos. La amplificación de un fenómeno provoca desequilibrios, desajustes. Es lo que ocurre cuando micrófono

¹³ Paul PRESTON, *Franco, caudillo de España*, Barcelona, Grijalbo, pág. 452.

y altavoz se acoplan, produciendo un sonido ensordecedor. El altavoz amplifica el sonido recogido por el micrófono que, a su vez, es trasladado de nuevo al altavoz. Si el proceso no se regula, la progresiva amplificación del sonido recogido por el micrófono y emitido por el altavoz genera el desagradable sonido al que estamos acostumbrados cuando asistimos al ensayo de un concierto o a los momentos preliminares de un discurso. Es un caso, según la Teoría General de Sistemas, de realimentación positiva sin freno¹⁴.

También la amplificación o progresiva consolidación de la dictadura franquista produjo desajustes, y muy graves, que sirvieron de contexto propicio para la emergencia de movimientos sociales.

El primero de esos desajustes fue el desarrollismo, que propició un aumento de la riqueza y una distribución de esa riqueza al calor de la cual, como se dijo, emergió una clase media urbana¹⁵ cada vez más potente y moderna. Gracias a la mejora del nivel de vida, y a nuevos fenómenos como por ejemplo el turismo, esas clases medias entrarían en contacto con un universo de valores nuevos, procedente de Europa, que chocaban con los tradicionales valores del régimen franquista: ultracatólicos y conservadores. “Era la nueva España del bikini contra la vieja España de la peineta”, como apuntó Francisco Umbral en una de sus crónicas sobre la transición¹⁶. En definitiva, como nos recuerda otra vez Paul Preston:

La transición puede entenderse en toda su complejidad en función de la profundización de las contradicciones internas del Régimen durante los últimos seis años de vida del dictador. La más profunda de esas contradicciones surgió del crecimiento económico que la Dictadura había presidido con desasosiego. Los mecanismos autoritarios y la retórica anacrónica del Régimen, resultaban inadecuadas para satisfacer las necesidades de modernización de un Estado en el umbral de la Comunidad Europea. La incapacidad franquista para responder a las múltiples demandas de liberalización formuladas desde numerosos sectores de una sociedad española nueva y dinámica, fue el rasgo característico más notable del período 1969-1975¹⁷.

¹⁴ Pedro VOLTES BOU, *La Teoría General de Sistemas*, ob. cit., pág. 78.

¹⁵ Mientras, el campo se despoblaba y los españoles emigraban al extranjero o a los nuevos polos industrializados del país. Eran los años 60 (Enrique MORADIÉLLOS, *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad*, ob. cit., pág. 125).

¹⁶ Francisco UMBRAL, *Días felices en Argüelles*, Madrid, Planeta, 2004, pág. 65.

¹⁷ Paul PRESTON, *El triunfo de la Democracia en España (1969-1982)*, Barcelona, Plaza y Janés, 1986, pág. 25.

El régimen había propiciado mayor riqueza y mejor distribución de la riqueza, pero seguía cerrándose a la participación de la sociedad en un sistema político anclado en los anacrónicos valores del 18 de julio. He aquí una de las grandes contradicciones que posibilitaron la transición.

Ese choque entre dinámica socioeconómica y estructura política fue el caldo de cultivo a partir del cual emergieron movimientos sociales de toda índole –obreros, estudiantiles, vecinales– que abogaban por mejores y mayores espacios de participación política, así como por la eliminación de la dictadura para dar paso a una democracia con garantías. Así pues, puede decirse que, si bien las elites políticas gestionaron el tránsito a la democracia con no pocas dosis de ingeniería ideológica e institucional, el viento que soplabla el barco, el fuego que alimentaba la hoguera del cambio, el combustible de toda esa ingeniería política que entre despachos y reuniones propició el tránsito a la democracia, partió de abajo, de la sociedad. Surgió, en fin, del conflicto planteado por una sociedad moderna y rica que no estaba representada en la superestructura política que la gestionaba.

Hubo ingeniería política desde arriba pero también viento transformador desde abajo. No son realidades excluyentes sino complementarias, y creemos que la transición no se entiende si en los análisis que sobre ella realicemos no relacionamos ambas cuestiones como las dos caras inseparables de la misma moneda. Y todo ello surgido a partir de una contradicción, de un desajuste, que el propio franquismo provoca con su progresiva consolidación, con la amplificación progresiva de un dominio basado en la modernización económica y la emergencia de unas clases medias cuyos valores nada tenían que ver ya con el ajado régimen que las gobernaba.

Conviene recordar también que la naturaleza personalista de la dictadura, donde todo giraba en torno al general Franco¹⁸, suponía un factor de debilidad añadido que, además, se acentuaba en estos difíciles años setenta donde las contradicciones provocadas por el desarrollismo empezaban a surgir con fuerza. Y es que a principios de los setenta, Franco es un anciano cada vez más enfermo que tiene abiertos numerosos, y graves, frentes en su régimen político. La debilidad de cualquier régimen personalista es que su vida se ve ligada a la de su fundador y mantenedor. Muerto el hombre, morirá el

¹⁸ Franco aplicaba con habilidad el dicho latino “divide y vencerás” a las familias políticas que componían el régimen. Actuando como árbitro entre ellas, logró durante cuarenta años que ninguna atesorara suficiente poder como para hacerle sombra.

sistema¹⁹, y si además el sistema se halla rodeado de los desajustes arriba descritos, la supervivencia se impone como tarea inexcusable para todos aquellos que han sobrevivido a la sombra del dictador y su personalísimo edificio.

Las enfermedades más graves que afectan a un organismo son aquellas que él mismo provoca con la amplificación no regulada de procesos que acaecen en su seno. Una amplificación des-regulada, no auto-organizada, del crecimiento celular produce el cáncer, que es un serio reto para la supervivencia. El cáncer de la dictadura fue el “desarrollismo” propiciado en los sesenta, que amplificó sus dinámicas socioeconómicas introduciéndolas en un bucle de modernización que, sin embargo, pronto chocó con el inmovilismo político del régimen. O la dictadura se abría y adaptaba a las realidades que ella misma había provocado con el Plan de Estabilización, o sucumbiría víctima de sus propios “éxitos”. El primero de estos caminos será explorado por los posibilistas de la dictadura, por los llamados “reformistas”. El segundo, que aboga por la absoluta clausura a los cambios acaecidos y el encastillamiento en torno a los principios fundacionales del 18 de julio, será esgrimido por el maximalismo de la dictadura, por el “búnker”.

A principios de los años 70 ambos caminos ya están maduros dentro del régimen. Estamos en la fase donde claramente se observa el desajuste provocado con la amplificación, por eso en nuestro gráfico, esta fase –señalada con el número “2”– queda simbolizada por una “Mf” junto a una “Pf”. Por estar maduros, por ser ya potentes, maximalistas y posibilistas del franquismo presentan dos letras mayúsculas que contrastan con la letra minúscula que el posibilismo de la dictadura – larvado quizá, pero todavía subyacente – recibía en la primera fase de consolidación y amplificación dictatorial.

El sistema ha llegado a una etapa crítica, a un momento de riesgo, de máxima contradicción, donde la frontera es tan fuerte como el centro, donde lo centrífugo y lo centrípeto existen, se contraponen, pero ninguno es capaz de doblegar otro. Es el cenit de la segunda fase, la evidente aparición del desajuste al que toda organización se enfrenta por el mero hecho de existir. Con ello desembocamos en la tercera fase, la regulación del desajuste.

¹⁹ Antonio RODRÍGUEZ DE LAS HERAS, *Historia y crisis*, ob. cit., pág. 24.

Regulación

Con el enemigo podemos hacer tres cosas: abrazarlo, y entregarnos por tanto a él, rendirnos a sus pretensiones; rechazarlo, y encastillarnos en las esencias fundacionales de la organización, en el maximalismo sin matices; o integrarlo, jugando en la frontera borrosa del posibilismo, adaptando el sistema a las nuevas condiciones, combinando la apertura y la clausura al desajuste de tal manera que aquella prime levemente sobre ésta para generar un salto cualitativo – un nuevo estado – en la organización.

Los reformistas abogaran por éste último camino, los reaccionarios preferirán la absoluta clausura. Y nadie en el franquismo, como es lógico, estará dispuesto a abrir las puertas del régimen al primero de los caminos, el de la entrega absoluta a los rupturistas que al otro lado –en la oposición– abogan por la total destrucción del franquismo.

Reformistas y reaccionarios, ya se ha dicho, no pueden imponer unilateralmente sus pretensiones, pero ambos están convencidos de que los caminos que respectivamente defienden les aseguran su supervivencia. Esos caminos, y las convicciones que los soportan, generan dos posibilidades que en el gráfico señalamos con los números “3.1” y “3.2”. “Pacto” y “Lucha”. Saben los posibilistas de la dictadura que si se unen a sus homólogos del otro lado –a los posibilistas de la oposición– tendrán una oportunidad de sobrevivir sin morir devorados por los maximalismos a izquierda y derecha.

De igual manera, saben los maximalistas de ambos lados que están solos, que las respectivas fronteras les han traicionado: para el búnker, el reformismo es tan rupturista como el terrorismo etarra²⁰; para la izquierda rupturista, Carrillo y su eurocomunismo ilustran la rendición de la izquierda al proyecto reaccionario y pseudodemocrático que representan Suárez y los suyos. Por estar solos, por haber quedado como guardianes últimos de las esencias, los maximalismos buscan la lucha, jugándose la última carta de su supervivencia al enfrentamiento directo –sin pactos ni paños calientes– con el otro enemigo maximalista.

²⁰ Con motivo del atentado contra Carrero Blanco, el periódico reaccionario *El Alcázar* equipara así a los reformistas con los etarras (rupturistas): “No se trata pues de un grupo de desesperados de la ETA, sino de un sector de opinión que no ha dudado en amparar sus crímenes, de forma directa e indirecta, porque amparar el crimen es apoyar a los criminales. Ahora, quienes con benevolencias apostólicas y simpatías democráticas habían realizado la escalada del crimen, han asesinado al presidente del gobierno. ¿Cuál ha sido la reacción? Está a la vista; serenidad, señores, aquí no ha pasado nada; las instituciones funcionan; no pongamos en peligro esas asociaciones que se vislumbran, vamos a seguir con lo nuestro... Condenar el crimen sin atacar el clima de subversión en que se genera es sentar la base para nuevos asesinatos” (ARA, “Con serenidad y circunspección”, *El Alcázar*, 24-12-1973, pág. 3).

La inexistencia de fronteras y posibilismos –de términos medios– durante la Segunda República hizo que la regulación de las contradicciones de este sistema basculara hacia la “lucha”, hacia el enfrentamiento de los maximalismos que se pondría de manifiesto durante la Guerra Civil, provocada por el frustrado golpe de Estado que dieron Franco y sus compañeros sublevados ante, lo que consideraban, la deriva revolucionaria (rupturista) del sistema republicano tras la victoria del Frente Popular en las elecciones del 36.

Casi cuarenta años más tarde, tras la muerte de Franco, una sociedad de clases medias y de consumo de masas, poco dada ya a los enfrentamientos maximalistas a nivel político, celosa de su estabilidad económica y temerosa de nuevas luchas fratricidas será el contexto propicio para el pacto entre los posibilismos que apenas pudieron surgir en la convulsa y desarticulada sociedad española del 36. Ello no quiere decir que el pacto entre los posibilismos que cristaliza en la transición no estuviera rodeado de graves escaladas de tensión, de continuos asesinatos provocados por uno y otro maximalismo.

Terrorismo de ultraderecha y de ultraizquierda, terrorismo etarra y ruido de sables amenazaron con romper el frágil, débil, inestable pacto entre los posibilistas. Por eso en nuestro esquema, en nuestro sistema explicativo, hemos conectado con un bucle el “pacto” de los posibilismos (Pf Po) y la “lucha” entre los maximalismos (Mf Mo). Pacto y lucha son dos inclinaciones posibles de esta delicada balanza que simboliza la regulación del desajuste.

El contexto social de los años 70 propició que esa balanza se inclinara hacia el pacto entre los posibilismos a pesar de que en ocasiones la amenaza de la lucha entre maximalistas siempre estuvo presente. Como se ha dicho, quizá esa coyuntura social no fue tan propicia en la España del 36, y la pésima distribución de la riqueza durante aquellos años, la existencia de una gran polarización o desarticulación social, explicara la profunda debilidad de los posibilismos y la inclinación de la balanza hacia la despiadada lucha entre maximalistas de izquierda y derecha.

La elección de uno de estos dos caminos –el pacto entre las fronteras de los respectivos sistemas o la lucha entre sus maximalismos– dará lugar a la última fase.

Mutación

Cuando abrazamos al desajuste, al enemigo, la mutación producida en el sistema será agresiva. Si lo rechazamos, daremos un paso atrás, y la mutación será regresiva. Si

lo integramos –pactando con él, cediendo mutuamente en un juego donde el pasado no se niega, pero tampoco se incorpora de manera absoluta al presente– surgirá la mutación progresiva, aquella que es mezcla compleja, dinámica e inestable de las preferencias presentadas por los posibilismos.

Así pues, la regulación del desajuste genera tres posibles tipos de mutación: la agresiva, que es ruptura del pasado (señalada en el gráfico con el número “4.1”); la regresiva, que es absoluta conservación del pasado (“4.2” en el gráfico) y la progresiva (“4.3”), que es superación del pasado sin negarlo absolutamente.

La lucha entre los maximalismos de la dictadura y de la oposición democrática podría haber provocado una nueva Guerra Civil (Mf Mo) cuya solución pasaría por el exterminio del enemigo. Si los exterminados hubieran sido los representantes del búnker (el maximalismo franquista), el sistema resultante quizá habría mutado agresivamente hacia formas de extrema izquierda coincidentes con el maximalismo de la oposición (Mo po). Si la victoria hubiera correspondido al bando reaccionario, al maximalismo del búnker franquista, el resultado habría sido una mutación regresiva donde el pasado se re-actualizaría. Habría vuelto “la España del 18 de julio” (Mf pf). Por eso los maximalistas están dispuestos a iniciar una nueva confrontación armada si es necesario, ya que, débiles para imponerse por sus propios medios, el recurso al enfrentamiento armado puede devolverles la victoria en que basaron su disfrute del poder durante cuarenta años.

Pero el pacto de los posibilismos (Pf Po), única vía con la que éstos pueden adquirir fuerza suficiente para desactivar a los respectivos extremismos, posibilitará la mutación progresiva de la dictadura en democracia (Md pd). Una mutación que será real, lenta pero con verdadero contenido rupturista respecto del ayer. Las instituciones surgidas durante la transición hundieron sus raíces en el franquismo, pero lo superaron hasta el punto de albergar en su seno un gobierno de signo socialista en 1982. El pacto de los posibilismos, favorecido por una sociedad de clases medias que huía de los radicalismos a izquierda y derecha, e impulsado por la necesidad de cambios políticos inaplazables que los movimientos sociales (obreros, estudiantiles) reclamaban, se consolidó como vía de regulación de los desajustes sufridos por la dictadura en sus años finales. Tal pacto posibilitó la mutación progresiva hacia la democracia, hacia un sistema –el sancionado en la Constitución de 1978– que no era pura revolución, pues surgía de la reforma del régimen, si bien caminaba decididamente hacia su ruptura en el ámbito institucional y político.

Habida cuenta de las fases aquí desarrolladas, y de los caminos trazados en este esquema explicativo, podemos destacar dos ideas:

1.- Que la historia se halla jalonada de profundas incertidumbres y bifurcaciones donde no hay un solo sendero, sino muchas posibilidades a elegir. El resultado de la crisis sólo puede ser uno de esos senderos, lo que no quiere decir que en ocasiones, la balanza de la historia estuviera a punto de inclinarse hacia un camino quizá radicalmente alejado de aquel por el que finalmente transitó. Es hora de que el historiador abandone el tradicional determinismo en sus análisis y abogue por la natural incertidumbre que impregna las decisiones y actitudes del hombre al enfrentarse a las crisis. Teniendo en cuenta “lo que pudo ser” podemos entender mejor “lo que finalmente fue”.

2.- Que la transición política es un proceso de mutación progresiva de la dictadura franquista en democracia liberal auspiciado, gestionado y si se quiere controlado por una elite política formada por posibilistas de la dictadura y posibilistas de la oposición cuyo pacto sirvió para garantizar la respectiva supervivencia política de cada uno. Los intereses de una clase media que abogaba por la estabilidad y la moderación frente a cualquier clase de radicalismo, junto al empuje de unos movimientos sociales que pretendían una apertura política verdadera impulsó, sostuvo, propició este pacto entre las elites posibilistas. Transición desde arriba, sí, pero alimentada desde abajo. Ambos niveles se necesitan mutuamente, porque sin “prurito social” los cambios políticos quizá no se hubieran planteado. De igual manera, sin la emergencia de unos posibilismos capaces de conectar, entenderse y ceder mutuamente, la movilización social podría haber provocado el encastillamiento del régimen en sus esencias – como de hecho ocurrió en 1974, tras el malogrado “espíritu del 12 de febrero” – o, lo que es peor, podría haberse generado un choque brutal entre los maximalismos a derecha e izquierda capaz de desencadenar una espiral de violencia como la que se vivió en la semana negra de 1977, donde el terrorismo de ultraderecha y ultraizquierda estuvieron a punto de desencadenar una nueva guerra civil, o cuando menos, un golpe de Estado. Hoy pueden parecer lejanos, e incluso ficticios, estos diagnósticos, pero durante la noche del 23 de febrero de 1981 el país estuvo a punto de vivir un nuevo 18 de julio si el ejército se hubiera partido en dos como ocurrió en aquel aciago verano de 1936.

No vemos, por tanto, disyuntiva entre una transición desde arriba o desde abajo, sino síntesis, compleja mezcla de ambas cuestiones que generan una mutación política progresiva gestionada por la elite y alimentada por unos movimientos sociales que nacieron como consecuencia de las contradicciones que la dictadura sufrió en sus años finales.

Hacia una dinámica de los movimientos sociales

En otros trabajos hemos expuesto un sistema explicativo de cómo surgen, y pueden evolucionar, los movimientos sociales²¹. Recorreremos a continuación, y brevemente, ese sistema explicativo para terminar con una última reflexión acerca de las principales variables que, desde nuestro punto de vista, ayudan a explicar la emergencia y comportamiento de los movimientos sociales.

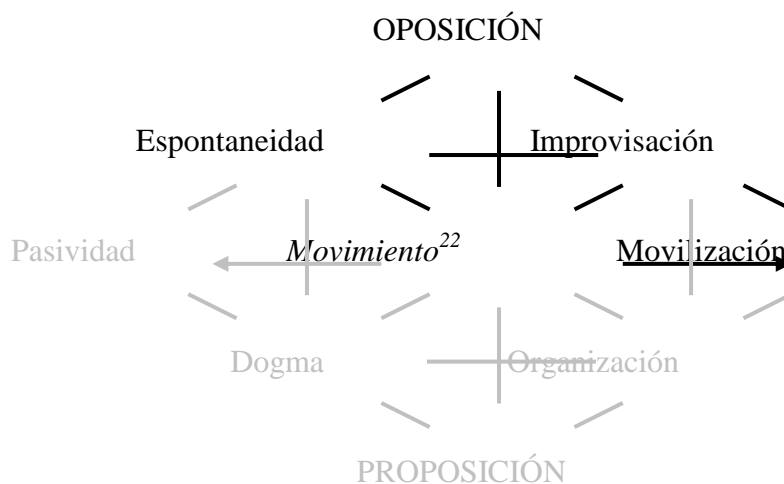
No hay movimiento sin conflicto. Todo movimiento social surge de un conflicto, y ya vimos en el punto anterior cómo los desajustes o contradicciones acentuados en los últimos años de la dictadura franquista dieron lugar a toda una serie de movimientos que desde la fábrica hasta las aulas, solicitaban más y mejor participación política.

Siguiendo el siguiente esquema explicativo podemos afirmar que todo movimiento social tiene una fuente, el conflicto, y se caracteriza por dos variables que lo auto-regulan y a la vez lo definen: la espontaneidad y la organización.



²¹ En el VII Simposio Internacional de Historia Actual celebrado en Logroño en octubre de 2008 presenté un trabajo titulado “Teoría y Práctica de un movimiento social en la Extremadura del siglo XXI: la Plataforma “Refinería-No” de Tierra de Barros”, donde desarrollaba en profundidad el esquema explicativo propuesto en el último epígrafe de este artículo. Este trabajo aún está en prensa. Sobre esta misma temática, también puede consultarse: Alfonso PINILLA GARCÍA, “La Plataforma “Refinería-No” de Tierra de Barros. Análisis de un movimiento social en una sociedad desmovilizada”, *Movimientos sociales en la España Contemporánea*, Vitoria, Asociación de Historia Contemporánea-Instituto de Historia Social “Valentín de Foronda”, 2008.

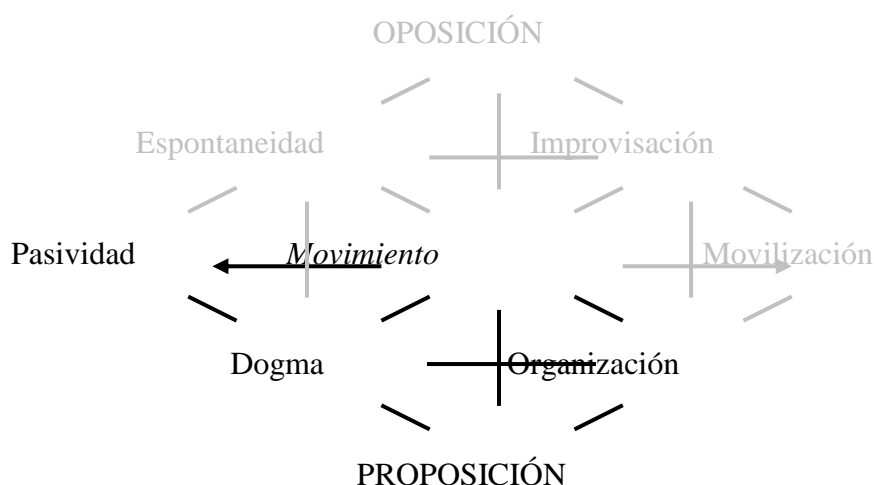
El movimiento surge espontáneamente con la protesta, con la oposición al conflicto del que emerge, pero no sobrevive si no se organiza. La espontaneidad sin organización deviene en pura improvisación, tal y como expresamos resaltando la parte superior derecha del esquema anterior:



Es aquí donde se da una sustancial diferencia entre “movimiento” y “movilización”. El movimiento social es protesta espontánea pero a la vez organizada. La movilización social es protesta espontánea sin organización, pura improvisación por tanto y, dado su carácter urgente, puntual y efímero, sin muchas probabilidades de sobrevivir o consolidarse en el tiempo. Sólo con una organización –ideológica, logística– puede un movimiento ser potente y tener visos de triunfo. El luddismo, movilización espontánea no organizada, pronto se diluyó tras las primeras destrucciones de máquinas. El marxismo, con sólidos soportes ideológicos que pronto dieron lugar a la emergencia de entidades organizadas (los partidos marxistas), sí fue un movimiento fuerte, capaz de transformar la realidad. En él se combinaba la espontánea protesta, fruto del conflicto sufrido por los obreros, con la sofisticada organización de esa protesta a través de la ideología marxista y los partidos políticos que en ella se inspiraron.

²² Al primar la oposición sobre la proposición, la espontaneidad sobre la propuesta, el “movimiento” deviene en “movilización”. Desaparece el término medio al inclinarse la balanza hacia uno de sus extremos, de ahí que el concepto “movimiento” lo hayamos puesto en cursiva. Con la cursiva hemos querido representar el desplazamiento del centro hacia los extremos, en este caso hacia la “movilización”.

Pero, ¿qué ocurre cuando la organización deviene en dogma?, ¿cuando las propuestas ideológicas no dan lugar al debate interno, a la oposición a esas propuestas, a la espontánea lucha contra el conflicto que engendró al movimiento? Pues que ese movimiento se anquilosa, se convierte en estatua de sal porque la organización sin espontaneidad y debate interno degenera en burocratización del movimiento y, por ende, en paralización. Veámoslo acentuando en **negrita** el otro extremo de nuestro sistema explicativo:



Si la organización del movimiento provoca una burocracia ajena al espontáneo dinamismo de las bases surge la pasividad, el anquilosamiento y, como consecuencia de ello, el movimiento se para y desaparece. Cuando el movimiento comunista generó la potente burocracia directora de purgas y represora de la oposición interna, la población soviética y, en general, la de los países comunistas, pronto ansiaron cruzar al otro lado de un muro donde el mundo no parecía ser el bloc cuadriculado que a este lado de la pared se ofrecía. La dictadura del proletariado se había convertido en un gobierno oligárquico que sistemáticamente olvidaba los derechos de los obreros, a quienes teóricamente se debía, y por eso la pasividad de la población ante el proyecto político soviético fue una de las consecuencias de la excesiva burocratización y dogmatismo del movimiento comunista. La revolución, al hacerse “permanente”, se había convertido en estatua de sal.

Sería interesante ver, siguiendo estas distinciones teóricas, qué movimientos sociales de la transición se convirtieron en pura movilización, cuáles degeneraron en aparataje burocrático / dogmático sin brío desde la base y cuáles mantuvieron una

estructura organizada, abierta a la espontánea protesta y favorecedora del dinámico equilibrio entre oposición al conflicto y propuesta constructiva para superarlo.

Por otro lado, investigar la percepción de los movimientos sociales en los medios de comunicación abriría otra línea de reflexión interesante, pues esa percepción resulta crucial para que el movimiento obtenga nuevas adhesiones que aseguren su impulso. Hemos dicho que sin conflicto no hay movimiento, pero cuando el conflicto se silencia, las adhesiones al movimiento surgido del conflicto faltarán y, por tanto, la movilización correrá el riesgo de desaparecer. Por tanto, la nula difusión del conflicto y los movimientos que aquél pueda traer aparejados asegura el olvido del problema y la probable desaparición del propio movimiento.

No obstante, a veces los antagonismos son tan fuertes, que el silencio del conflicto resulta ineficaz para los intereses del poder. Y es entonces cuando el silencio no funciona, como en la transición, y los movimientos sociales sobreviven en un ambiente mediático dictatorial que olvida sistemáticamente su existencia. ¿Ocurrirá lo mismo con los silencios aplicados a los movimientos sociales actuales?, ¿cómo apareció la movilización social durante la transición en la prensa, en la radio, en los programas televisivos? Quizá, la percepción que los españoles tuvieron – y tienen – de estos fenómenos explique en buena parte que los movimientos sociales hayan sido durante mucho tiempo los grandes olvidados en el estudio de la transición.

Como puede verse, muchos son los frentes abiertos si decidimos explorar el complejo y fascinante terreno de los movimientos sociales durante la transición política a la democracia en España. Y muchas las reflexiones que sobre ellos podemos volcar. En este artículo hemos querido hacerlo poniendo el acento en la transdisciplinariedad, conscientes de que lo aquí escrito no es más que un marco sujeto al debate y, por supuesto, a la verificación empírica de sus puntos fundamentales a través del trabajo de archivo. Pero sirva este humilde esfuerzo teórico para descubrir que la interrelación de la ciencia histórica con otras disciplinas no sólo permite exponer de distinta forma los procesos que abordamos, sino explicar desde originales teorías y métodos nuestros propios objetos de estudio. Y es que tan importante es abrir nuevas vías de investigación, como nuevas maneras de investigar.